

Convergencias conceptuales entre las representaciones sociales y los modelos culturales¹

Conceptual convergences between social representations
and cultural patterns

Tania Rodríguez Salazar²
Universidad de Guadalajara, México

Forma de citar: Rodríguez Salazar., T. (2013). Convergencias conceptuales entre las representaciones sociales y los modelos culturales.
Revista CES Psicología, 6(1), 77-103.

Resumen

Este artículo versa sobre las convergencias conceptuales entre las representaciones sociales y los modelos culturales, aunque también se hacen notar algunas diferencias fundamentales entre las teorías o enfoques que les dieron luz. Se trata de buscar los puntos de conexión, enriquecimiento mutuo, así como las tensiones que nos permitan caracterizar mejor los programas de investigación, las definiciones y características de los fenómenos implicados por ambos conceptos. Esto es un primer paso para buscar complementariedades entre las dos caras de una misma moneda: una perspectiva cognitiva de la cultura y una perspectiva social de la cognición

Palabras claves: Representaciones Sociales, Modelos Culturales, Cognición, Cultura.

Abstract

This paper is about conceptual convergences between social representations and cultural models. They were noticed some fundamental differences among the theories and the approaches that enlightened them. The aim of this article is to find points of converging, mutual enrichment, as well as the forces that allow making some differences among the research programs, the definitions and the properties of the phenomena involved in both concepts. It is the first step for looking up complementarities between two sides of the same coin: a cognitive perspective of culture and a social view of cognition.

Keywords: Social Representations, Cultural Models, Cultural Patterns, Cognition, Culture.

¹ Este artículo se desarrolló como parte del proyecto de investigación "Hacia una sociología del amor: representaciones y prácticas en torno al amor y la relación de pareja en jóvenes de la zona metropolitana de Guadalajara", financiado por el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (Conacyt) con clave de registro: 2008-01-103206.

² Doctora en Ciencias Sociales. Profesora-investigadora del Departamento de Estudios de la Comunicación Social, Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades, Universidad de Guadalajara. México. tania.rodriguez@csh.udg.mx

Introducción

La teoría de las representaciones sociales ha sido muy usada para orientar investigaciones empíricas, aunque también ha suscitado diversas controversias teóricas y ha logrado un alcance interdisciplinar. Esto es particularmente cierto en Latinoamérica, donde esta teoría se ha propagado ampliamente para comprender el pensamiento de sentido común de grupos sociales en torno a objetos socialmente relevantes. Serge Moscovici, el autor inaugural de la teoría, alguna vez se manifestó sorprendido por “la energía y fecundidad de esta teoría que se difunde de la psicología social a las otras ciencias” (2001, p.35). Sin embargo, a lo largo de casi 50 años esta difusión no ha sido mecánica. La teoría se ha enriquecido y diversificado, ha recibido fuertes críticas y lúcidas defensas, así como múltiples precisiones, aclaraciones y agregados (para una revisión de críticas, debates y controversias ver Ibañez, 1992; Rodríguez, 2003; y Voelklein & Howarth, 2005; y para una versión completa de los periodos de desarrollo ver Jodelet, 2008).

En este artículo tomo como objeto de interés el concepto y parte de la teoría de las representaciones sociales en el marco de una discusión interdisciplinar. En la literatura académica podemos encontrar varios fenómenos y procesos empíricos que reciben diferentes conceptualizaciones. Ese es el caso de conceptos y enfoques teóricos que se han interesado en la comprensión de cómo los actores conocen, interpretan, producen sentido sobre sí mismos, sus vivencias y sus entornos en la vida diaria. Una lista incompleta podría incluir los conceptos que pretendo comparar aquí, representaciones sociales (RS) y modelos culturales (MC), pero también podríamos agregar *habitus*, acervo de conocimiento, patrones culturales, representaciones

intersubjetivas, entre otros. Resulta interesante observar que para muchos de estos enfoques los saberes cotidianos son asuntos de cultura interiorizada, pensamiento práctico y de actos comunicativos (Holland & Quinn, 1987; D’Andrade & Strauss, 1997; Bourdieu, 1997; Moscovici, 1979; y otros).

Esta diversidad de perspectivas en ciencias sociales para analizar el pensamiento social o las concepciones culturales de sentido común nos invita a realizar investigaciones teóricas de carácter interdisciplinario. En estas líneas asumo esa invitación para ponderar algunas de las aportaciones de la teoría de las representaciones sociales en diálogo con otro concepto y enfoque teórico que se interesa por los mismos fenómenos pero con distinto énfasis en lo cognitivo, lo social, o el lenguaje. Como adelanté atrás, mi intención es comparar la aproximación de las representaciones sociales de origen en la psicología social con la de los modelos o esquemas culturales desarrollada por la antropología cognitiva. Me interesa destacar los puntos de conexión, enriquecimiento mutuo, así como las tensiones epistemológicas y metodológicas.

¿Por qué hacer esta clase de análisis teórico? En mi opinión, esto es necesario porque una de las críticas que se le ha hecho al concepto de RS es que es tan amplio que carece de límites y particularidades, o dicho de otra manera, que es un concepto vago, elástico y ambiguo (Voelklein & Howarth, 2005); y podríamos valorar si otros conceptos que pretenden asir fenómenos de pensamiento de sentido común o de cultura cotidiana tienen mejores atributos y qué clases de críticas han recibido. Incluso al ponerlos en perspectiva uno con otro, podríamos identificar mejor las especificidades del concepto de RS. Otro aspecto que hace interesante este balance es el metodológico

porque las metodologías para estudiar esta clase de conceptualizaciones culturales pueden combinarse, integrarse, para ampliar la gama de posibilidades para encontrar, analizar o modelar las RS.

Pero antes de comenzar con la comparación entre las RS y los MC, conviene revisar definiciones y premisas básicas que sustentan su elaboración. Ambos conceptos se interesan por estudiar las relaciones entre cultura, comunicación, cognición y acción; en términos generales sostienen que las cogniciones compartidas, sean representaciones, esquemas o modelos, habilitan a los actores sociales para que intercambien significados, produzcan sentido y realicen acciones dentro de los grupos a los que pertenecen.

Las Representaciones Sociales: definiciones y propiedades

El concepto de RS ha sido objeto de múltiples definiciones y su abordaje teórico ha desatado diversas perspectivas, enfoques o subteorías (ver Wagner & Hayes, 2005; Rodríguez, 2007; Jodelet, 2008). No obstante, para comenzar la discusión destaco algunas definiciones que parecen abarcar una gran parte de lo que se alude con dicho término. En su obra fundacional, Moscovici se refiere a las RS como:

Un sistema de valores, nociones y prácticas que proporciona a los individuos los medios para orientarse en el contexto social y material para dominarlo [...] proponiendo a los miembros de una comunidad como medio para sus intercambios y como código para denominar y clasificar con claridad las partes de su mundo, de su historia individual o colectiva (1979, p.9).

La definición de Denise Jodelet retoma estos elementos de manera directa:

Las representaciones sociales constituyen modalidades de pensamiento práctico orientadas hacia la comunicación, la comprensión y el dominio del entorno social, material e ideal. En tanto que tales, presentan características específicas a nivel de organización de los contenidos, las operaciones mentales y la lógica (1986, p.474).

En estas definiciones las RS adquieren las propiedades de ser sistémicas, orientadoras, y codificadoras del mundo y las historias. Constituyen un “sistema de interpretación” (Moscovici, 1979) más que opiniones o ideas sueltas o aisladas, son medios para la orientación sociocultural y para la comunicación (como códigos comunes que permiten los intercambios simbólicos). Todas estas propiedades aquí se presentan como estáticas y dadas de una vez y para siempre, así como si fueran consensuales. Más adelante, surgen nuevos elementos del concepto que destacan otras propiedades: son construidas, compartidas, sociales, cambiantes, dinámicas, con propósitos pragmáticos, e incluso pueden ser, ambiguas, contradictorias o divergentes. Esto se puede observar en las siguientes definiciones de Moscovici y Jodelet, respectivamente:

Una red de conceptos e imágenes interactuantes cuyos contenidos evolucionan continuamente a través del tiempo y el espacio. Cómo evolucione la red depende de la complejidad y velocidad de las comunicaciones como de la comunicación mediática disponible. Y sus características sociales están determinadas por las interacciones entre individuos y/o grupos, y el efecto que tienen unos sobre otros como una

función de vinculación que los mantiene unidos (Moscovici, 1988, p.220).

Una clase de conocimiento, socialmente construido y compartido, que tiene propósitos pragmáticos y contribuye a la construcción de una realidad común en una comunidad (Jodelet, citada por Markus & Plaut, 2001, p.184).

Aquí las RS involucran la interacción de significados más o menos consensuales o divergentes, intrínsecamente sociales pues están determinadas no sólo por las interacciones de los miembros del grupo que las elabora, sino también porque se configuran en las interacciones con otros grupos. Para Abric (2001) la propiedad de ser sociales es justamente la que les otorga su especificidad con respecto a otras cogniciones. Este autor señala estos dos componentes claves de las RS: el componente cognitivo y el social.

Finalmente, conviene resaltar la insistencia de Moscovici (2001) de que las RS tienen un aspecto conceptual o verbal, así como un aspecto icónico o figurativo; y que sus funciones más generales son la comunicación y la acción. Con parte de estas ideas básicas se ha desarrollado un programa de investigación abierto y diverso, pero que gira alrededor de las premisas teóricas instauradas por Moscovici (1979) en su investigación empírica sobre el psicoanálisis, su imagen y su público.

Los Modelos Culturales: definiciones y propiedades

Bajo un enfoque que comprende a la cultura como un fenómeno social limitado por procesos psicológicos de cognición y aprendizaje (D'Andrade, 2001), algunos antropólogos cognitivos, bajo la influencia

de Ward Goodenough³, propusieron el concepto de MC. Con dicho concepto quieren destacar las articulaciones entre la cultura y la cognición, así como crear una propuesta teórica sobre las interacciones entre las áreas extrapersonal y personal de la cultura.

Los términos “modelo” y “esquema” son con frecuencia intercambiables para referir la organización en diferentes niveles de abstracción (Shore, 1996, p.53), mientras otros autores prefieren el concepto de esquemas culturales porque les parece más dinámico que el de MC (Strauss & Quinn, 1997). Roy D'Andrade propone la siguiente definición: “Un modelo cultural es un esquema cognitivo que es compartido intersubjetivamente por un grupo social. Estos modelos típicamente consisten en un pequeño número de objetos conceptuales y sus relaciones entre sí” (1990, p.809). En consonancia Quinn y Holland (1987) definen los MC de esta manera: “esquemas presupuestos sobre el mundo que son dados por sentido y que son extensamente compartidos [...] por los miembros de una sociedad que juegan un papel enorme en el entendimiento de su mundo y su acción en él (1987, p.4).

Esta definición indica que los MC tienen la propiedad de ser extensamente compartidos, que coexisten con otros MC y que tienen como función más general e importante el entendimiento del mundo y la motivación de la acción. Para los teóricos de los modelos culturales, las jerarquías entre los conocimientos de sentido común son cruciales, pues de eso dependerán que motiven o no acciones, como veremos más adelante.

³ Una definición clave en la antropología propuesta por Ward Goodenough es la siguiente: “La cultura, entonces, consiste en estándares para decidir qué es, estándares para decidir qué puede ser, estándares para decir cómo uno siente sobre eso, estándares para decir qué hacer sobre esto y estándares para decidir cómo van las cosas haciendo eso” (Goodenough, 1963, pp. 258-259).

Los modelos y esquemas culturales son más o menos compartidos por lo que posibilitan la coordinación y la comunicación entre los miembros de un grupo. Son externos a los individuos, pero sólo adquieren significado a través de personas particulares. Son abstracciones porque simplifican de diversos modos la realidad reduciendo complejidad a través del proceso de esquematización (de esta manera se retiene solo información esquemática para ciertos propósitos). Son internalizados de manera selectiva y creativa, por lo que están abiertos al cambio en los planos individual e histórico cultural. Se organizan jerárquicamente debido a que son elaborados estableciendo relaciones verticales entre esquemas de distinto nivel de abstracción e importancia. Son asequibles a la conciencia en grados diversos, de modo que algunos pueden ser “dados por sentido” mientras otros son más proclives a la elaboración reflexiva y discursiva (Kronenfeld, 2000).

Los esquemas culturales serían una modalidad de esquemas cognitivos que tiene las propiedades de ser asequible a la conciencia, la expresión lingüística, y tener un carácter compartido entre grupos sociales. No todos los esquemas cognitivos, constituyen esquemas culturales. Según Quinn y Holland, los MC sirven a múltiples propósitos:

Algunas veces estos modelos culturales sirven para seleccionar metas para la acción, otras veces se usan para planear la consecución de dichas metas, otras para dirigir su realización, otras para otorgar sentido a las acciones y comprender los objetivos de los otros, y otras veces para producir verbalizaciones que pueden jugar distintos papeles en todos estos proyectos, así como en la subsiguiente interpretación de lo que ha ocurrido (1987, pp.6-7).

La relevancia de la investigación en MC radica en el siguiente argumento:

Para entender a la gente, se necesita entender qué los dirige o impulsa a actuar como lo hacen: es preciso conocer sus metas y esto implica entender su sistema interpretativo, parte de aquello que constituye e interrelaciona esas metas; y finalmente, para comprender su sistema interpretativo -sus esquemas- se debe entender algo sobre las relaciones jerárquicas entre esos esquemas (D'Andrade, 1992, p. 31).

Aquí se establece una agenda de investigación teórica y empírica sobre organización cognitiva de los esquemas culturales, y sobre todo, la relación entre los MC, la motivación y la acción.

Convergencias conceptuales

De acuerdo con las caracterizaciones que he presentado en los apartados anteriores se pueden identificar múltiples puntos en común, a pesar de diferencias terminológicas y niveles desiguales de desarrollo entre ambas aproximaciones. La teoría sobre RS, como ya señalé, ha tenido una enorme expansión, se ha exportado a otras disciplinas sociales, ha generado grandes cantidades de discusiones, aclaraciones, hipótesis, subteorías, así como aplicaciones recurrentes en la investigación empírica en muchas partes del mundo (ver Jodelet, 2008), mientras que la aproximación de los MC parece ser un campo menos desarrollado y con un impacto más bien restringido a la antropología cognitiva. No obstante que la producción científica dentro de ambas aproximaciones es desigual, creo que es interesante mostrar las convergencias en la conceptualización de las estructuras de sentido que implican tanto las RS como los MC.

En este apartado me interesa mostrar algunas de las convergencias que identifico a partir de dos criterios: a) la búsqueda de propiedades o características comunes que se adjudican a los conceptos de RS y MC; y b) el análisis de cómo están contruidos ambos conceptos en términos epistemológicos y metodológicos.

Las RS y los MC son resultado de procesos de comunicación y lenguaje, así como de procesos cognitivos y sociales o culturales. Más allá de estas características generales, a partir de los criterios mencionados, se pueden identificar las siguientes propiedades:

1. Enfrentan el problema de la nominalización
2. Son componentes de la cultura
3. Tienen un carácter compartido
4. Son abstracciones y constituyen conocimientos esquemáticos
5. Implican conocimientos organizados y más o menos asequibles a la conciencia
6. Son dinámicos y flexibles, y en consecuencia, cambiantes
7. Pueden orientar acciones

Enseguida desarrollaré con detalle estos puntos de convergencia, así como las principales divergencias encontradas, que como se verá más adelante, se concentran en asuntos epistemológicos y metodológicos.

La nominalización: un problema común

Una primera característica común en los conceptos de RS y MC es que están contruidos como nombres, aunque refieren procesos. Ambos conceptos constituyen nominalizaciones y, por lo tanto, dejan la impresión de que son algo estático y permanente, y no algo que está en procesos de reconstrucción constante por agentes individuales, grupales o institucionales. De aquí los constantes

esfuerzos de los autores en una y otra perspectiva por destacar los procesos de pensamiento, comunicación, y acción que están implicados. Representar socialmente y modelar culturalmente son las acciones que se derivan de los procesos implicados. Sin embargo, pocos autores prefieren usar el verbo en lugar del sustantivo, si bien se insiste en que las RS y los MC son procesos, actividades o acciones. Por ejemplo, Pascal Moliner (1996) argumenta que la actividad que resulta del proceso representacional es tanto una actividad descriptiva (de interpretación y comprensión) como una actividad evaluativa (de juicio). Precisa que el término representación designa tanto una operación o un proceso como un producto cognitivo interno, la imagen es un producto de la representación, el cual revela una forma, una materialidad. Otro ejemplo lo encontramos en la propuesta de Wagner (1996,), quien insiste en que no hay que pensar las representaciones como cosas dentro de las cabezas de las personas sino como acciones constructivas que elaboran los objetos sociales a través de la comunicación y la interacción.

Dentro de la aproximación de MC, por otro lado, algunos autores defienden el concepto de esquemas culturales pues remite más claramente a los procesos de selección creativa y de simplificación que implica la esquematización. Suponen que el concepto de MC deja la impresión de ser una entidad fija o permanente (ver Strauss & Quinn, 1997). A lo largo de la comparación que hago, el lector podrá observar los esfuerzos de los investigadores para comprender estos fenómenos culturales y cognitivos de significación como acciones.

Las representaciones y los modelos son componentes de la cultura

Desde la aproximación de MC, la cultura puede comprenderse como una extensa y

heterogénea colección de modelos que tienen una doble vida: en el mundo como manifestaciones externas y en la mente de las personas. Como teoría antropológica, plantea que la cultura es un fenómeno limitado por las capacidades cognitivas humanas.

De igual manera, dentro de la perspectiva de RS se ha reflexionado sobre sus relaciones con la cultura. Desde sus orígenes ha habido interés en articular las RS con el campo más amplio de la cultura, sea por considerarla el trasfondo en el que ocurren los procesos de representar socialmente algo o sea como uno de los campos de investigación, la construcción cultural de objetos relevantes, además de la popularización de la ciencia y las elaboraciones sobre condiciones sociales y políticas (ver Wagner & Elejabarrieta, 1999). La relación con la cultura también ha sido un asunto recurrente en el enfoque antropológico de las RS (ver Jodelet, 2002). Desde esta perspectiva:

Las representaciones sociales (...) pueden ser vistas como formas culturales particulares, y el análisis de representaciones sociales siempre volverá a referirse de alguna manera al contexto cultural en el que adquieren forma (Duveen, 2007, p.545).

Desde el marco cognitivo, las RS pueden ser comprendidas como una modalidad del pensamiento práctico o de sentido común; mientras que desde el marco cultural, como una forma de conocimiento cultural (Duveen, 2007). Estudiando las RS, uno debe estudiar tanto la cultura como el pensamiento del individuo (Moscovici, 1998, p.255).

Por otra parte, Jodelet (2002) encuentra similitudes entre las RS y algunas aproximaciones antropológicas, y en particular, con la perspectiva de los MC:

tienen preguntas sobre cómo se relacionan los MC descubiertos en los discursos con el fondo cultural que les sirve de recurso, y estas preguntas evocan las discusiones sobre las interacciones entre lo individual y lo colectivo que ha trabajado la aproximación de RS. Por otra parte, en la investigación empírica, podemos encontrar que ambos conceptos pueden ser vistos como complementarios (ver por ejemplo Wagner & Hayes, 2005; Rodríguez, 2001).

De acuerdo con lo anterior se pueden comprender tanto las RS como los MC como formas específicas de conocimiento cultural de carácter cotidiano, práctico, que son cruciales para la comunicación y la acción en el mundo; y que a su vez, dependen de procesos cognitivos.

Las Representaciones Sociales y los Modelos Culturales implican conocimientos compartidos

Además de ser construidos, ambos conceptos refuerzan su carácter social o cultural a partir de que se les asigna la propiedad de ser "más o menos compartidos". ¿Pero qué significa que sean compartidos? Compartir se refiere a ideas, valores, conocimientos, entre muchos otros elementos, comunes a cierto grupo social, pero quedan las preguntas sobre qué tan específicos o detallados deben ser estos conocimientos para calificar de compartidos, o incluso, qué grado de consenso se requiere.

En la teoría de las RS como en la de los MC se asume que el carácter compartido de estas construcciones socioculturales no significa consenso pleno ni homogeneidad. Esta afirmación suele hacerse frente a críticas que les atribuyen estas características⁴. Dicho carácter compartido

⁴ Criticando la reificación del concepto de consenso en la investigación empírica de RS, Rose et al. (1995) propone la idea de que el campo representacional es

es un asunto de grados, de modo que pueden ser más o menos compartidos y por lo tanto, admiten variaciones intragrupales de toda índole. Moscovici, por ejemplo, afirma que “La representación asume una configuración donde conceptos e imágenes pueden coexistir sin ninguna pretensión de uniformidad, donde la incertidumbre como los malentendidos son tolerados, para que la discusión pueda seguir y los pensamientos circular” (1988, p.233).

En la aproximación de MC, se considera que un esquema es intersubjetivamente compartido cuando “todos en el grupo conocen el esquema, y todos conocen que cada uno además conoce el esquema y todos conocen a su vez que cada uno conoce que cada uno conoce.” Este carácter compartido hace en primer lugar que las interpretaciones sobre el mundo basadas en un modelo popular sean tratadas como si fueran hechos obvios, y en segundo lugar, que una gran cantidad de información del modelo no requiere hacerse explícita (D’Andrade, 1995, p.113). De modo que el aspecto interactivo y comunicativo de los MC se extiende más allá de su contenido semántico e incluye información relativa a su evocación en una u otra situación específica, de quienes los usan sobre quienes no, de sus relaciones con otros modelos disponibles para ser aplicados a una situación dada (Kronenfeld, 2000). Dicho de otra manera, un conocimiento compartido hace posible reconocimientos de membrecía social y, por lo tanto, provee habilidades y motivos para realizar tareas comunes concernientes al grupo de cualquier tipo (Kronenfeld & Hedrick, 2005).

En la teoría de las RS también se reconoce la importancia de los conocimientos de membrecía como parte de las construcciones de sentido común. Por

ejemplo, Wagner y Kronberger (2001, p.148) argumentan que “las representaciones sociales son socialmente construidas, culturalmente correctas en su propio sentido, y funcionales en la vida social diaria”. La característica de ser culturalmente correctas, en mi opinión, se obtiene justamente de que los actores conocen las demandas públicas de pensamiento y acción de los grupos y subgrupos a los que pertenecen y de aquellos de los que desean distanciarse (Rodríguez, 2011).

En ambas aproximaciones, se observa con claridad la pretensión de trascender visiones estáticas o unitarias de la cultura, destacando la diversidad de significados y prácticas, que pueden configurarse alrededor de un objeto de conocimiento cotidiano. En el marco de los MC el reconocimiento de la variabilidad grupal es una premisa teórica crucial para pensar los fenómenos de la internalización como procesos selectivos y creativos, dependientes del contexto y complejos procesos de socialización (Strauss & Quinn, 1997) y es una consecuencia, de concebir a los agentes culturales más que como “hipotéticos o promedio”, como “individuos reales con historias específicas, intereses particulares y estrategias concretas.” (Shore, 1996, p.55).

En este mismo sentido Shore (1996) afirma que los MC se pueden usar para organizar no sólo la experiencia, sino también las versiones alternativas individuales de una experiencia abarcando de esa manera diversos puntos de vista. Los MC, entonces, se entienden mejor como una clase de recurso necesario por el cual los individuos internalizan las experiencias vitales; remiten a la experiencia perceptivamente significativa y son fácilmente comunicables dentro de una comunidad. No obstante, es importante puntualizar que también es posible tener experiencias de gran alcance

caracterizado simultáneamente por consenso, inconsistencia y ambivalencia.

no directamente asentadas en algún MC. De modo que ante la ausencia de un MC creíble para otorgar sentido a una situación, los individuos tienen los recursos para crear sus propios modelos.

En la teoría de las RS se pueden detectar por lo menos dos enfoques particulares sobre cómo las RS son compartidas, pero admiten variabilidad intragrupal. El enfoque estructural, a través de la teoría del núcleo matriz, enfatiza la idea de que el contenido de una RS está organizado alrededor de un código central compuesto por algunos pocos significados estables, coherentes y consensuados, y por un sistema periférico, que admite múltiples variaciones contextuales y que está en la base del dinamismo de la representación. Esta distinción entre componentes nucleares y periféricos en la RS ha servido para formular tipologías sobre sus transformaciones (Abric, 1993). Por otra parte, el enfoque de toma de posición de la escuela de Ginebra, sostiene que “todas las representaciones sociales están compuestas de significados diferentes, clases contrastantes de significados. El conocimiento es compartido por las personas precisamente a través de redes de variaciones” (Clémence, 2001, pp.85-86). Desde aquí, compartir puntos de referencia comunes no implica acuerdos consensuados, si bien, incluso para el debate se requiere compartir conocimientos. “El posicionamiento social deriva del proceso de anclaje de conocimiento compartido en diferentes grupos. Estos grupos no solo son diferentes porque no tienen acceso a la misma información, sino también porque sus miembros comparten ciertas creencias y experiencias” (Clémence, 2001, p.87).

Sin embargo, establecer que las RS y los MC son compartidos sin que esto suponga homogeneidad ni estabilidad o ausencia de cambio, no ha sido suficiente. Algunos autores critican esta propiedad en las

concepciones culturales, pues suponen que estas constituyen más bien recursos retóricos para justificar la acción y “aparentar compartir” (Verhegen & Baerveldt, 2007), como veremos más adelante.

Las representaciones y los modelos implican conocimientos esquematizados

Las nociones de esquema y de esquematización aparecen de modo frecuente en las aproximaciones que retomo en este artículo. En su teoría, Moscovici ha planteado que comúnmente los contenidos de las RS se manifiestan en esquemas figurativos que resultan de los procesos de objetivación. Este carácter figurativo ha sido abordado a partir de la perspectiva de las metáforas conceptuales (ver Wagner & Hayes, 2005) que justamente es un antecedente de la aproximación de MC.

Como sabemos, la teoría de las RS ha propuesto que estas se elaboran a partir de dos procesos fundamentales: la objetivación y el anclaje (Moscovici, 1979; Jodelet, 1986). De manera textual Jodelet (2008), en un artículo sobre la difusión de la teoría a lo largo del tiempo, nos recuerda los procesos implicados:

La objetivación involucra dos grandes procesos la “selección de información” y la “esquematización” que posibilitan la “naturalización”, una proyección de constructos representacionales como entidades concretas en el mundo de la vida. El anclaje explica cómo se otorga sentido a objetos no familiares a través de su “inserción en marcos conceptuales existentes” junto con su “interpretación en función de un principio de significación”, el producto que es usado, vía la “instrumentalización”, para nombrar, clasificar e interpretar objetos sociales (Jodelet, 2008, p.425).

En el balance que realiza Jodelet (2008) encuentra que con relación a los procesos de objetivación solamente se han investigado de modo predominante, “la naturalización, la concretización de nociones abstractas”, en detrimento de “la observación de las fases de selección y esquematización”. Esto no significa que los procesos de esquematización hayan sido ignorados. Un grupo de autores, bajo el enfoque estructural de las RS, considera que las RS pueden investigarse como esquemas cognitivos de base, esto es, como conjuntos de relaciones entre los elementos de la RS que se obtienen a partir de mediciones de co-ocurrencia (Guimelli & Rouquette citados por Abric, 2001). No obstante, aquí la aportación es estrictamente metodológica.

Cabe señalar, que estos aspectos, el carácter selectivo del conocimiento cultural, y por lo tanto, de la configuración de MC, así como el asunto de los esquemas han sido temas centrales en la aproximación de MC.

Desde los antropólogos de los MC se plantea que el conocimiento cultural se organiza en secuencias de esquemas o MC (proposicionales y metafóricos)⁵ que están jerárquicamente relacionados con otros conocimientos culturales y que conforman complejos agrupamientos (Quinn & Holland, 1987; D'Andrade, 1995; Shore, 1996). Un esquema es una estructura conceptual que hace posible la identificación de objetos y eventos. Se define como “un marco organizado de objetos y relaciones que tiene que ser todavía rellenado con detalles concretos

(...)”. [Una propiedad importante de los esquemas es que constituyen] “una organización abstracta de la experiencia”. (D'Andrade, 1995, p. 124). Mediante esquemas se construye el objeto de reconocimiento, se relacionan determinados objetos con otros, se crean taxonomías, proposiciones, paradigmas compuestos, entre otros.

Con el proceso de esquematización, nos dice Shore, se describe “la construcción de representaciones más abstractas basadas en modelos fuente relativamente concretos” (1996, p.344). La esquematización se propone como el puente cognitivo entre los MC (modelos instituidos) y las representaciones mentales (modelos personales). A partir de este proceso:

Los detalles son reducidos en complejidad y algunas veces eliminados en conjunto, mientras las características sobresalientes de un entorno son seleccionadas y algunas veces exageradas o, en su caso, transformadas por un proceso de formalización y simplificación (Shore, 1996, p.47).

Los términos “modelo” y “esquema” son con frecuencia intercambiables para referir la organización del conocimiento en diferentes niveles de abstracción (Shore, 1996). En algunos textos se prefiere el término de esquemas culturales sobre el de MC (Strauss & Quinn, 1997) y en otros se reserva el concepto de esquemas para aquellos conocimientos de carácter fundacional y el de MC para aquellos conocimientos mas móviles o cambiantes (Shore, 1996). De manera textual este último autor plantea:

Para tanto los modelos mentales e instituidos, necesitamos distinguir entre modelos abstractos globales e instantáneas particulares de modelos más concretos. Yo llamo a la forma más

⁵ Bajo la influencia de la lingüística cognitiva, especialmente las aportaciones en torno a las metáforas de George Lakoff y Mark Johnson (1986) y los modelos cognitivos idealizados Lakoff (1987), se reconocen dos grandes tipos de esquemas: de imagen (construidos metafóricamente o figurativamente) y de proposición (construidos con materiales lingüísticos que encadenan nociones, ideas, posibilidades, etc.).

general y abstracta esquemas fundacionales, reservando el término modelo para instantáneas concretas y particulares de esos esquemas (1996, p.53).

De acuerdo con lo anterior, los MC tienen potenciales distintos de esquematización. Los esquemas fundacionales (modelos más abstractos y generales) tienen la propiedad de “organizar un conjunto superficialmente diverso de modelos de propósito especial dentro de una forma común” (Shore, 1996, p.68). Por ejemplo, los esquemas de movimiento se expresan en modelos distintos como la vida es un viaje, el amor es un viaje, las metas son propósitos (Johnson, 1993).

Como señalé antes, los MC son asequibles a la conciencia en diversos grados. En este aspecto, Shore (1996, p.54) plantea que las personas tienden a tener más conciencia de la organización específica de MC que de la existencia de los esquemas comunes subyacentes. Quinn y Holland (1987) concluyen que los MC están asentados en mundos simplificados que hacen que el conocimiento y la experiencia sean más accesibles a la memoria, más comprensibles y fácil de ser compartidos.

Las representaciones sociales y los modelos culturales suponen organización y jerarquías

Frente a conocimientos desorganizados, aislados, los conceptos de RS y de MC evocan la idea de sistemas o conjuntos de conocimientos relacionados jerárquicamente en torno a un objeto. En la teoría de las RS esta propiedad se ha desarrollado en el enfoque inaugural de Moscovici a través de atribuirle un carácter holístico y a partir del concepto de campo de representación (como un componente clave, junto con los conocimientos y las actitudes). Dicho carácter holístico supone que el sistema de relaciones propios de la

RS es lo que define a los elementos, más que los elementos aislados o sumados⁶. De igual manera la dimensión del campo de representación corresponde justamente a la organización del contenido de la RS, las jerarquías entre sus elementos y el carácter más o menos ricos de los mismos.

Por otra parte, específicamente en el enfoque estructural, una jerarquía importante entre los componentes de la RS se encuentra en la idea de que todo sistema de representación se compone de un núcleo matriz y de componentes periféricos. Los elementos centrales son decisivos para la significación y organización de la representación y estarían influidos por la memoria colectiva y los sistemas de valores, mientras que los periféricos sirven para la adaptación de la representación en distintos contextos. La centralidad de los componentes de la representación se observa en tres características: valor simbólico, valor asociativo y valor expresivo (ver Abric, 2001) y generalmente se evalúa con métodos cuantitativos (aunque, no obstante, es posible pensar en indicadores cualitativos, ver Rodríguez, 2007).

Con el concepto de *themata*, recientemente Moscovici (2001) trata de capturar esta diferencia cualitativa entre los componentes más generales y abstractos que tienen la capacidad de generar y producir significados más concretos en las RS. Los *themata* (unos pocos) constituyen la cadena inicial de la estructura de la representación: subrayan el contenido o tematizan nociones, imágenes o significados que son profundamente compartidos, dados por sentado, y que

⁶ “El holismo supone que las relaciones o el sistema de relaciones definen los elementos y los sistemas son anteriores que los elementos. En contraste, el atomismo asume que los elementos son anteriores al conjunto y que es a través de él que comprendemos y construimos relaciones” (Moscovici, 2001, p.27).

tienen “un poder normativo como generativo” (p.31) en la formación de una representación, haciendo encajar información nueva en la información precedente. Así mismo, los *themata* se especifican dentro de ciertos dominios de la realidad y la práctica social y a partir de los mismos las personas refieren y co-refieren creencias y nociones relacionadas con el objeto de la RS. El potencial de este concepto es resaltado por Liu (2004), quien subraya su valor superior para investigar las jerarquías de significados en una representación frente al enfoque centro-periferia. Un ejemplo de *themata* identificado por este autor en la cultura china es el ying y el yang.

Bajo la aproximación de los MC, las distinciones entre clases de modelos que sucintamente describí en la sección anterior suponen una organización y una jerarquía entre los mismos. No todos los modelos son iguales, sino que algunos tienen un mayor peso en la significación y mayor potencial para derivar otros modelos (los esquemas o modelos fundacionales), y como veremos ahora, mayores posibilidades de orientar la acción. Para D'Andrade los esquemas cognitivos, incluidos los culturales, “se organizan jerárquicamente en su tendencia a instigar la acción. El carácter jerárquico supone que la existencia de interpretaciones provistas por un esquema están supeditadas a esquemas de niveles mayores que proporcionan interpretaciones más generales” (1992, p.30). Según este autor los esquemas de más alto nivel (*top-levels*) tienden a convertirse en metas. Se asume que la principal función de estos esquemas es guiar la acción, y la hipótesis que maneja es la siguiente: “las interpretaciones más generales de una persona son el indicador de qué actividades funcionarán como metas importantes para esa persona” (D'Andrade, 1992, p.30).

Las representaciones y los modelos cambian, son dinámicos y flexibles

De acuerdo con Wagner (2004) las herramientas culturales como las representaciones, esquemas, conocimientos sirven como instrumentos para enfrentar la incertidumbre del futuro inmediato. Usando estas herramientas, las personas pueden unir el pasado y el futuro, en el sentido de poner en uso el conocimiento social y cultural para el futuro, lo que los habilita para actuar. Actuar, sobre esta base, es, por supuesto, limitado porque las construcciones del pasado pueden tener un valor limitado en las nuevas condiciones. Como consecuencia, las herramientas culturales cambian.

Ni las RS ni los MC son estructuras de significados definitivos, invariables o inmóviles. En ambas aproximaciones se asume que tienen un carácter pragmático, selectivo y discriminatorio en su uso, que involucran no sólo conocimientos sobre el contenido de la RS o del MC, sino también sobre su relación con grupos sociales específicos. Shore plantea el asunto de manera clara y directa:

Los Modelos Culturales se gestan, transforman a través de su uso y eventualmente mueren. Su continua existencia es contingente, negociada a través de intercambios sociales interminables (...) tales modelos compartidos son recursos convencionales de la comunidad para producir significados. Para ganar fuerza motivacional en una comunidad, estos modelos deben ser reinscritos en las mentes de los miembros de cada generación. De este modo, los modelos se convierten en recursos cognitivos para los individuos (Shore, 1996, p.47).

De acuerdo con Duveen, en el trabajo de Moscovici, la teoría de las RS ha estado orientada al análisis del cambio social o cultural. En este sentido, las RS deben comprenderse “como estructuras dinámicas en las que el conocimiento se transforma constantemente a medida que los grupos sociales construyen y re-construyen sus visiones del mundo social y de su lugar en él” (Duveen, 2007, p.552). De aquí que la estabilidad de las representaciones sea sólo provisional, el reflejo de un momento particular, en un proceso más general de continuas transformaciones.

Tanto los MC como las RS tienen una naturaleza pragmática. Esto significa que son flexibles, se seleccionan y adaptan a las situaciones y a los contextos de acción en función de las metas perseguidas por personas o grupos. De Rosa (2006, p.167) plantea que si la representación es un acto dirigido hacia el logro de metas dentro de un contexto específico, al variar los contextos y las metas perseguidas, las representaciones también varían. Ni los modelos ni las RS son estructuras mentales independientes de las situaciones en que se ponen en juego para guiar o justificar la acción. No suelen ser trans-situacionales. Es el contexto de interacción social el que activa determinadas zonas de una representación o modelo, o podría ser, cierta representación o modelo en lugar de otro⁷.

No obstante que se reconoce dinamismo en las estructuras de significado que son las RS y los MC, ambas aproximaciones se distancian de las posturas anti-mentalistas que suponen que las personas actúan sin tener nada en la mente o que los discursos actúan sobre las personas más que las personas sobre ellos (ver Strauss & Quinn, 1997). De igual manera, De Rosa cuestiona

la investigación del análisis del discurso radical (y a su vez las críticas que esta perspectiva ha hecho a la teoría de las RS), entre otras cosas, a partir de que está basada en una sinécdoque: “la parte (el discurso observable, el mensaje) reemplaza el todo, la comunicación con todos sus elementos y procesos” (2006, p.179). Asimismo, critica la visión ontológica “anti-mentalista”, en la que el sujeto no tiene un rol de agente, sino que más bien es actuado por el contexto; y no construye significados, sino que el sujeto es construido por significados definidos situacional y provisionalmente (2006, p.173).

Desde los MC como desde las RS se reconoce que no solamente son un producto de los contextos de acción, sino que también orientan la acción y esto es posible gracias al conocimiento acumulado de experiencias pasadas. En este sentido, los esquemas tienen la propiedad de ser flexibles a la adaptación más que a la repetición rígida, se adaptan a situaciones ambiguas o nuevas con “improvisación regulada” según el término de Bourdieu (Strauss & Quinn, 1997, p.53). Por esta razón, el reconocimiento del carácter contextual de estas estructuras de significado no debe llevarnos a la conclusión de que el pensamiento de sentido común es tan dinámico y cambiante que sería imposible encontrar contenidos representacionales más permanentes, fundacionales o canónicos. Más bien habría que pensar que los elementos de las RS que tienen un carácter contextual interactúan con elementos más estables (Rodríguez, 2011).

Las representaciones y los modelos orientan y justifican la acción

Como hemos visto en las secciones anteriores, la investigación en MC y RS adquiere relevancia en gran medida a partir

⁷ Para una revisión amplia sobre el carácter contextual de las representaciones sociales, ver Rodríguez (2001).

la suposición de que estas estructuras de significado orientan y/o justifican la acción de personas y grupos. Esta suposición es central en la teoría cultural y es uno de los temas prioritarios en el desarrollo de la antropología cognitiva que incluyen en su agenda de investigación cómo y cuándo los significados motivan acciones y cuándo no (ver Strauss & Quinn, 1997). Lo mismo ocurre en la teoría de las RS, en la que el asunto de la relación de las RS con la acción ha sido objeto de discusión y debate permanente.

De acuerdo con Kronenfeld (2002), en la teoría cultural el comportamiento concreto representa una manifestación instantánea de una mezcla de varios modelos culturales relevantes unidos con varios propósitos (no sólo de un modelo cultural singular), y deseos individuales que a su vez se vinculan con los deseos, propósitos y conocimientos de otros participantes en la escena. En esta caracterización se destacan tres propiedades de los MC en su relación con la acción: a) el marco cognitivo que antecede a los comportamientos suele ser una combinación de varios MC relevantes más que uno solo; b) los comportamientos no solo son resultado de MC abstractos sino de las conexiones que el agente establece entre ellos y sus deseos y propósitos; y c) los agentes articulan sus deseos y propósitos consultando los conocimientos, normas e ideales de los grupos a los que pertenecen.

Por otra parte, algunas premisas básicas para comprender la relación de los MC con la acción son las siguientes: a) no suponer “que los modelos culturales siempre se traducen simple y directamente en acciones”; [b) no esperar] “que las conceptualizaciones culturales del mundo sean las únicas determinantes de la acción”; [c) focalizar el interés en] “cómo los modelos culturales enmarcan la experiencia, proveyendo interpretaciones

de la experiencia e inferencias, así como metas de acción”; [y b) atender la posibilidad de que] “diversos modelos culturales tengan diferentes propósitos en tiempos distintos” (Quinn & Holland, 1987, p.6). Estas recomendaciones, en mi opinión, sería bueno retomarlas en el campo de la investigación de RS, pues algunas de ellas constituyen advertencias implícitas sobre posibles interpretaciones esencialistas o equivocadas de cómo estas estructuras de conocimiento orientan la acción.

En el programa de investigación de los MC se intenta responder cómo es que la acción está culturalmente constituida (o dicho de otra manera: cómo los esquemas culturales se convierten en metas importantes para los individuos) y explicar por qué algunos esquemas son más motivantes que otros. Desde su punto de vista, estas grandes preguntas podrían tener respuesta en una teoría sobre la internalización que destaque las complejidades del aprendizaje social, su carácter selectivo y la dependencia de los significados del contexto. La internalización se refiere al proceso por el cual los esquemas culturales son incorporados al sentido del yo, pasan a formar parte de la definición de los conceptos existenciales individuales y de las ambiciones de vida (Quinn, 1992, p.91) y la propuesta es explorar ese espacio intermedio entre la cultura y las acciones individuales: la motivación humana. Se entiende la motivación no en referencia a estímulos internos sino a metas individualmente perseguidas que descansan en esquemas culturales jerárquicamente relacionados (D’Andrade, 1992; Strauss, 1992).

Algunas complejidades de la socialización que se destacan son que los mensajes sociales de carácter público pueden cambiar, ser inconsistentes, vagos o difíciles de leer; que internalizar estos

mensajes no significa copiarlos en ningún sentido, pues son muchas las posibilidades de variación individual derivada de los vínculos entre conceptos y experiencias – dos personas pueden compartir parte de los mismos esquemas pero relacionarlos de maneras distintas con resultados diferentes para la acción–, y la motivación no se adquiere automáticamente cuando se aprenden las descripciones culturales de la realidad (Strauss, 1992, p.10). Según Strauss (2005) la internalización de la cultura pública, especialmente los mensajes culturales en conflicto, implica, por lo menos, tres procesos: la configuración de esquemas culturales holísticos de múltiples niveles; la recuperación de discursos sociales más o menos estructurados; y el posicionamiento de ideas a partir de percepciones sobre lo socialmente aceptable.

Desde una posición propia Wagner (2004) señala que los MC, RS y otras herramientas culturales como acervos de conocimiento explícito, delimitan una clase de racionalidad que es definida por el consenso del grupo. Esto abarca todo el conocimiento colectivo cotidiano sobre cosas reales o imaginarias que puedan ser objeto de un discurso social en una unidad social. Los miembros de un grupo pueden considerar una acción como irracional en su conocimiento común si es desviada del sistema de creencias propiamente interpretables, esto es, si una persona en orden de hacerse entender por otra persona del mismo grupo, falla en su apelación al conocimiento compartido, colectivo y consensuado. Dichas herramientas culturales, por otra parte, además de proveer conocimientos sobre el mundo, admiten ciertas clases de acción y excluyen otras. La acción social también tiene la consecuencia inexorable de que suele requerir justificación.

Con respecto a la relación entre representaciones y prácticas, como lo han planteado Wagner (1993; 1994) y Duveen (1994) los comportamientos se vuelven prácticas cuando son interpretados dentro de la estructura de una representación. Esto supone desechar la idea de que las representaciones sean causas de las prácticas, o que estudiar la representación de un objeto determinado permita la predicción de comportamientos específicos. Más bien, se asume que al describir la RS de algo se pueden identificar tipos de acciones o eventos más probables e improbables según su estructura. Como dice Duveen (1994), si la definición de RS de Moscovici plantea que es un “sistema de valores, ideas y prácticas”, entonces no podemos separar estos tres elementos y suponer que los dos primeros causan el tercero. Más bien, recomienda comprender estos tres elementos -valores, ideas y prácticas- como elementos de significación de la misma representación.

Desde la teoría de las RS, se propone que para que surjan RS se requieren por lo menos dos procesos, la objetivación y el anclaje, que he caracterizado líneas atrás. El anclaje, supone una forma de internalización selectiva y creativa de conocimientos circulantes de carácter novedoso, si bien los investigadores no lo nombran de esa manera. Recordemos que el anclaje explica los procesos de incorporación de los eventos, acontecimientos, significados extraños a categorías y nociones familiares dentro de un grupo social específico. Este proceso depende de la difusión y apropiación de conocimientos y creencias en diferentes grupos sociales (ver Clémence, 2001).

Curiosamente, aunque la teoría de las RS no parece retomar directamente la hipótesis de la internalización, ha sido criticada al igual que la aproximación de

MC por dicho supuesto. La crítica a ambos conceptos proviene de autores que pretenden dar mayor primacía a las prácticas y a los contextos para explicarlas. En la formulación de Kronenfeld (2000) la gente no actúa porque tiene tal o cual modelo cultural, sino porque conoce las representaciones de los otros con quienes interactúa, al igual que sus normas y valores. En el caso de un MC, la referencia o presuposición de algo como una representación colectiva, entonces no existe de hecho. En su lugar, la gente actúa como si existiera, y comparte algunos entendimientos comunes sobre qué es, basada en sus experiencias de interacción pública con instantáneas de “eso”. De acuerdo con este autor, en la medida en que los MC son externos al individuo y no son directamente internalizados, no pueden por sí mismos ser directamente motivacionales. En el mejor de los casos, pueden solo servir como patrones o modelos disponibles que pueden ser citados o referidos por los esquemas individuales o planes personales. La motivación tiene que venir de dentro, y entonces tiene que ser individual. Los MC, más bien, proveen un conjunto de motivos y sentimientos socialmente validados relacionados con una situación y razones socialmente validas para relacionar una situación con deseos pertinentes hacia un curso de acción (Kronenfeld, 2000).

En concordancia con la crítica a la hipótesis de la internalización, Verheggen y Baerveldt (2007) señalan que el origen del comportamiento sociocultural no está en las “ideas compartidas” [que pregonan las aproximaciones de RS y conceptos afines,] “porque hablando en sentido estricto, no existen más que en los ojos del observador”. [En su opinión se debe entender] “cómo es que los sentimientos y las acciones se orquestan y coordinan de tal modo que las personas ‘aparentan compartir’ el mismo repertorio” (p.12). De

acuerdo con esta interpretación alternativa, en la práctica social los individuos raramente creen y actúan sin consultar explícita o implícitamente la sabiduría social y cultural, o dicho de otra manera, el conocimiento compartido y los sistemas de creencias del grupo al que pertenecen. Por lo que, como registraron estos autores citando a Edwards “las reglas y los preceptos no son causas de la acción, sino más bien recursos retóricos que se invocan para explicar acciones no rutinarias” (Verheggen & Baerveldt, 2007, p.12).

Las críticas citadas a las RS y a los MC como estructuras de significados compartidos que pueden orientar la acción, proponen que ambas estructuras de significación son racionalizaciones –más que razones- para la acción. Este asunto ha sido discutido en el marco de las RS, con una propuesta de considerar a los significados organizados en estas estructuras en un doble plano. Valencia y Elejabarrieta (1994) proponen reconocer este doble carácter, más que pensarlas de manera monolítica: en su opinión las representaciones son racionalizaciones (explicaciones o justificaciones de prácticas sociales previas de los individuos o grupos), especialmente cuando provienen de cambios en las prácticas, pero también constituyen transposiciones de conocimientos a partir de las interacciones y la comunicación que sirven para orientar la acción. En este último aspecto, constituyen razones (operan como antecedentes de la conducta ancladas en sistemas compartidos de creencias).

En mi opinión observar la posibilidad de que las RS, así como los MC, puedan desempeñar estos dos papeles, orientar la acción proveyendo a los actores motivos de acción o justificarla con racionalizaciones que protegen su imagen o su relación con el grupo, es más prometedor que pensar que solamente se manifiestan en uno de

estos dos sentidos. De igual manera, como plantean los antropólogos de los MC, no todos los conocimientos son internalizados, ni las acciones se explican exclusivamente a partir de estructuras de significados, por lo que explicar la influencia de la cultura en la acción es todavía un campo abierto a la discusión y la investigación empírica. ¿Podríamos pensar que la cultura influye a la acción aún en casos en que el conocimiento cultural no es internalizado? ¿Podríamos pensar que algunas clases de acciones se explican por complejos procesos de internalización, mientras otras se explican por conocimientos de membrecía social y de la cultura relevante en un contexto de acción dado?

Divergencias epistemológicas y metodológicas

Bajo el análisis metodológico resaltan también puntos de discusión o desacuerdo entre las aproximaciones de los MC y de las RS. Entre las divergencias posibles, me interesa destacar las siguientes:

1. La teoría de las RS postula la inseparabilidad del individuo del grupo, mientras que la aproximación de los MC lo hace con el dualismo analítico.
2. En la teoría de las RS predominan metodologías de asociación de palabras y en la teoría de los MC sobresalen las metodologías de análisis del discurso.
3. En la aproximación de RS ha crecido el interés por asuntos de poder, mientras que en la aproximación de los MC se posiciona al margen de esta discusión.

Como podrá observar el lector, las diferencias que encuentro entre ambas aproximaciones son cruciales pues

conllevan ópticas distintas para pensar las concepciones culturales y los procesos cognitivos que se involucran en su elaboración social. Destaco estos puntos de convergencia como insumos para la reflexión epistemológica y metodológica de estas estructuras de conocimiento cotidiano.

Inseparabilidad vs dualismo

Una diferencia entre los enfoques de MC y RS es que el primero intenta modelar las interacciones entre dos áreas que se suponen independientes, mientras que el concepto de RS considera que son algo que no implica la interacción de dos entidades separadas sino algo que está justamente entre las mismas. Podríamos decir que la aproximación de los MC se adscribe al dualismo analítico y la teoría de las RS asume la inseparabilidad entre el individuo y el grupo (si bien en la investigación empírica puede ocurrir lo contrario).

Jerome Bruner, en la introducción al libro de Bradd Shore, plantea que la perspectiva de los MC considera la construcción de significados como productos de la cognición humana individual y las culturas humanas. En la cultura están los significados institucionalizados, comunales o canónicos de algo, un acto o enunciado, y el significado idiosincrático para un individuo en una ocasión (Bruner en Shore, 1996, p. XV). Esta posición metodológica está detrás de preguntas clave de la antropología cognitiva: a) cómo los modelos externos, públicos disponibles son reconstruidos como modelos cognitivos y b) cuáles son las relaciones entre modelos relativamente convencionales y relativamente personales. Por esta razón, en la teoría de los MC se distinguen clases de modelos en los que se analizan tanto las apropiaciones individuales (modelos personales) como los modelos instituidos y públicos (convencionales) que circulan en

el mundo de diversas maneras. Asimismo, se propone hacer notar la diferencia entre los modelos de observadores, que conllevan una visión abstracta y categorial sobre una experiencia, y los modelos dinámicos de los actores que organizan su experiencia desde el punto de vista de su encadenamiento con la acción (Shore, 1996, p.68).

Para Strauss y Quinn (1997), cuando se adopta esta premisa de inseparabilidad del individuo y los niveles sociales de análisis (el grupo) se niega una realidad empírica incuestionable y se evade crear explicaciones teóricas sobre su relación o interacción. En la medida en que los MC son compartidos, es necesario separarlos analíticamente de las estructuras individuales específicas (llamadas esquemas) que nuestros informantes tienen y les llevan a sus propias creencias y acciones. Estas preguntas sobre la relación entre estructuras colectivas e individuales se engarzan a la necesidad de investigación formal y empírica sobre la relación entre MC colectivamente compartidos y esquemas individuales específicos relevantes –incluyendo, dentro de una comunidad cultural, la distribución estadística de aspectos claves de esos esquemas individuales– (Kronenfeld, 2000).

La separabilidad permite que diferentes individuos tengan diferentes propiedades que influyen tales o cuales prácticas sociales (Sawyer, 2002) y esto es básico si se considera que los conocimientos culturales se internalizan selectivamente a partir no sólo de pertenencias grupales, sino también de experiencias biográficas particulares. Para Strauss (1992, p. 12), por ejemplo, son muchas las posibilidades de variación individual derivada de los vínculos entre conceptos y experiencias. Los vínculos cognitivos no dependen de similitudes semánticas abstractas sino de las asociaciones concretas con que se experimenta la vida.

Los científicos sociales, incluidos los investigadores de RS, han enfrentado el asunto de las relaciones entre lo colectivo y lo individual de diversas maneras en la conformación del conocimiento cotidiano o del pensamiento de sentido común (ver Jodelet, 2002). En esas discusiones parece destacar la idea de que los individuos no están separados de los grupos sociales a los que pertenecen y que estos grupos no existen aparte de los individuos. Se puede observar la tendencia a rechazar que la unidad de análisis sean los individuos en favor de los niveles sociales de análisis, y en consecuencia, no se adscriben a la idea de que el conocimiento cultural es internalizado.

De acuerdo con Doise (citado por Wagner, 1995, p.4) en el campo de las RS se observan dos usos distintos del concepto, dependiendo de los intereses de explicación del investigador y del procedimiento de evaluación. Un primer uso se concentra en el nivel de análisis individual. En dicho nivel, el interés de la investigación está en las características distributivas de la RS, en la recuperación de los elementos comunes de conocimiento en una muestra de personas. Y un segundo uso que contempla un nivel de análisis colectivo. En este nivel lo social, cultural o grupal tiene primacía pues el interés está en recuperar las características colectivas de la RS, analizando la representación pertinente en grupos a través de documentos y análisis de medios o por encuesta. Esta RS no sería parte de un nivel individual de análisis sino de un nivel supra-individual.

En consonancia, desde algunas posiciones se crítica que los estudios de RS se concentren sólo en el contenido, sin considerar los procesos de elaboración, sociales y cognitivos, que hacen posible tal contenido en un grupo particular. Wagner (1995), por ejemplo, crítica las

investigaciones de RS cuando se concentran en el nivel individual, pues se reducen a estructuras individuales de conocimiento que son compartidas por un grupo. Su preferencia está por concebir a las RS como un proceso de comunicación y discurso, en el curso del cual los significados y objetos sociales son generados y elaborados. Desde el punto de vista individual las RS se usan para explicar el comportamiento (se consideran causas de un fenómeno subsecuente), mientras que las RS en el nivel colectivo son más bien el asunto a explicar como consecuencia de o resultado de procesos sociales amplios (se consideran efectos causados por fenómenos previos) (para una revisión de este punto ver Rodríguez, 2003). La preferencia por los niveles colectivos de análisis supone que las RS no se reducen a la suma de representaciones individuales, pero también se rechaza la idea de que el individuo o el grupo sean sistemas cerrados e independientes que en ciertas condiciones se ponen en interacción.

Estas discusiones metodológicas se conectan con otro asunto importante: dónde se localizan estas estructuras de significación cotidiana. Moscovici ha escrito que:

Al mismo tiempo que las representaciones son localizadas frecuentemente en las mentes de los hombres y las mujeres, ellas pueden justamente ser, como lo son frecuentemente, encontradas 'en el mundo', y como tales examinadas separadamente (2003, p.71).

De este modo se reconoce que hay por lo menos dos locus para las RS, la mente y el mundo. Esto converge con lo que plantea la aproximación de los MC que pueden ser tanto artefactos públicos que existen en el mundo como constructos cognitivos que

están en la mente de los miembros de una comunidad (Shore, 1996, p.44). Sin embargo, desde la teoría de los MC importa mucho analizar las interacciones entre estas dos clases de MC, mientras que para la teoría de las RS es todavía un asunto que genera controversias.

Cuestionarios de asociación vs análisis del discurso

La teoría de las RS es un enfoque abierto a múltiples metodologías cuantitativas y cualitativas. Según Doise et al. (1992, p.33) comúnmente los estudios sobre RS se apoyan en materiales lingüísticos, sean palabras obtenidas como respuestas a cuestionarios, asociaciones libres, o en entrevistas. En su opinión, este hecho no deja de ocasionar debates virulentos sobre la pertinencia de los métodos de manejo (estadístico y teórico) de tales datos. Y estas disputas se intensifican cuando se trata de discursos recogidos vía entrevistas, por ejemplo, por el hecho de que se trata aquí no sólo de indicadores semánticos sino también de estructuras sintácticas.

A pesar de reconocer la pluralidad metodológica que caracteriza la investigación empírica de RS, se puede afirmar que destacan los usos de cuestionarios y de métodos asociativos. Tan es así que justamente este tipo de metodologías han sido sistematizadas en manuales (Doise et al., 1992) y han generado propuestas particulares de carácter metodológico de los investigadores de RS, que constituyen métodos de control para verificar la centralidad de ciertos elementos de una RS (por ejemplo, los métodos de Mise en Cause -puesta en cuestión-, y de guiones ambiguos propuestos por Pascal Moliner y el método de esquemas cognitivos de base creado por Guimelli y Rouquette- (ver Abric, 2001).

En el caso de la aplicación de métodos cualitativos en la investigación de RS, especialmente en las fases de análisis e interpretación podemos notar escasa sistematización. Es común que los investigadores no ofrezcan información suficiente sobre cómo transforman sus datos en interpretaciones científicas. No obstante, hay propuestas en desarrollo que son prometedoras basadas en la producción y análisis de discursos. Por ejemplo, Marková et al. (2007) en su interés en mostrar, y desarrollar la epistemología dialógica de las RS, privilegia metodologías como el grupo de discusión para investigar RS, pues en y a través de las secuencias de diálogo podemos observar temas que se están desarrollando o que son abandonados, repeticiones y analogías.

En sus propuestas metodológicas para encontrar conocimientos compartidos, recupera aportaciones que destacan modos de vinculación entre la lingüística dialógica y la teoría de las RS. Por ejemplo, asumir que lo que dicen dos participantes no les pertenece solo a ellos, sino que necesariamente involucra una tercera persona (no en el sentido aritmético como explica Bakhtin) o terceras partes como los grupos a que pertenecen o los cuales rechazan. Esto se puede identificar el discurso a través del uso de diversas estructuras gramaticales como modalizaciones, posiciones, afirmaciones deónticas y otros medios mediante los cuales los hablantes toman distancia de, o cercanía de, lo que ellos realmente están sosteniendo (Salazar Orvig citado por Marková, 2008). Por otra parte, para identificar el carácter compartido de las representaciones se puede analizar la construcción de los enunciados y sus referencias a creencias de diversas escalas. En este aspecto, por ejemplo, se puede valorar el uso de sustantivos en lugar de verbos, lo que puede expresar una creencia fija o más o menos estable.

Para los teóricos de los MC, la mejor manera de investigar esta clase de constructos es analizar el discurso o el habla de la gente. La idea es que el conocimiento cultural se revela tanto en lo que se dice como en lo que no dice, así como en los modos en que se dice. En este marco encontramos desde sugerencias metodológicas para la obtención de los discursos en que se manifiesten los MC hasta propuestas más amplias en las que se detallan algunas posibilidades para la recuperación de MC en el habla. D'Andrade (2005), por ejemplo, sugiere utilizar vías indirectas para descubrir en el discurso esta clase de conocimientos de sentido común. Recomienda no preguntar directamente sobre sus MC sino más bien preguntar sobre algo que los lleve a poner en juego el modelo (o la representación). Con respecto a la transcripción de los discursos obtenidos en entrevistas o grupos de discusión, este mismo autor señala que para el análisis de esquemas culturales no es necesario transcribir con tantos detalles el discurso obtenido en las entrevistas como hacen los analistas de la conversación o los etnógrafos de la comunicación, debido a que lo que interesa no es el uso del lenguaje sino la operación de conocimientos compartidos intersubjetivamente.

Entre las propuestas más desarrolladas sobre cómo analizar el discurso desde una perspectiva cultural, destaca la de Naomi Quinn (2005) que consiste en centrar la atención en tres aspectos fundamentales del discurso cotidiano: las metáforas, los razonamientos y las palabras clave. Su interés no está en los usos del lenguaje en sí, sino en recuperar patrones culturales (modelos, esquemas, prototipos, metáforas, etc.) que están implícitos o explícitos en el discurso. De igual manera Claudia Strauss (2005) conforma una propuesta metodológica de investigación de MC que contempla diversas

dimensiones y que, en mi opinión, tiene un gran potencial para orientar las fases de análisis de MC. Esta autora señala que para encontrar MC en el habla conviene centrar la atención en: palabras claves (p.ej. repeticiones, valores asociados, cambios de significado y sentido), presupuestos de psicología popular (p.ej. explicaciones del comportamiento y los presupuestos que están detrás de esas explicaciones, evaluaciones narrativas, proposiciones dadas por sentadas). Para identificar los significados personales de esos presupuestos culturales propone analizar la red semántica personal, las conexiones semánticas (p.ej. asociaciones débiles y fuertes, asociaciones con carga emocional, entre otras). Así mismo para encontrar las huellas de los discursos sociales en el habla, recomienda analizar la jerga, las voces sociales y la intertextualidad del discurso. Su propuesta metodológica también sugiere categorías para ponderar el posicionamiento social a partir de identificar desde opiniones controversiales hasta ideas dadas por sentado, pasando por opiniones debatibles y comunes; así como categorías para identificar patrones cognitivos en la organización de ideas o discursos en conflicto (p.ej. la compartimentalización, la ambivalencia y la integración). Y finalmente, ofrece también múltiples sugerencias para la obtención de los discursos, su transcripción e interpretación.

Poder vs socialización legítima

En la teoría de las RS, Jahoda (1988) en un artículo de crítica que produjo una amplia respuesta de Moscovici (1988) señala la falta de atención a los asuntos de poder. En su origen parece que las teorías de las RS y de los MC presuponen que los acuerdos sobre los sentidos de ciertos objetos sociales, que el pensamiento de sentido común, son resultado de un poder sin coacciones que descansa en relaciones sociales horizontales, interacciones y

conversaciones cotidianas que supone en los distintos actores y grupos sociales competencias y capitales simbólicos similares. Esto resalta si las comparamos con la aproximación del sociólogo Pierre Bourdieu en su teoría del *habitus*⁸.

Con la pretensión de distanciarse de otros marcos teóricos, en la aproximación de los MC, Strauss y Quinn puntualizan su rechazo a concebir a los individuos como “mariposas volando libremente sobre su cultura” [tanto como a verlos como] “hormigas, arrastrándose y cargando con el peso de la tradición cultural” (1997, p.37). Su propósito, dicen las autoras, es más bien “teorizar sobre la socialización de una manera que explique tanto el cambio en los conocimientos individuales durante su vida y el cambio en los conocimientos históricos culturalmente dominantes” (p.37). De esta manera se asienta que no toda influencia social, no todo proceso de socialización o de transmisión cultural, debe interpretarse como un efecto de poder. La teoría de los MC, al igual que otros enfoques cognitivos de la cultura, se inscriben en los debates contemporáneos de la teoría cultural contra la tendencia a pensar que todo proceso cultural implica violencia simbólica o poder que conduce a ignorar la transmisión cultural legítima y otras clases de determinaciones sociales y biológicas. Más que abordar los asuntos de poder como

⁸ En su teoría, Pierre Bourdieu incorporó claramente la dimensión del poder como una dimensión básica para el entendimiento de las estructuras simbólicas subjetivas que refiere con el concepto de *habitus*. Según este autor, el *habitus* no es el resultado de procesos simbólicos no coaccionados; al contrario, se constituye a partir de coacciones estructuradas que pesan sobre las interacciones y que implican la incorporación de estructuras objetivas. *Habitus* es relacional con el concepto de campo, que refiere sistemas estructurados que prescriben valores y principios regulatorios particulares, es decir, espacios de juego, de competencias y luchas simbólicas. Las definiciones intersubjetivas de la realidad tienen que ver con una distribución desigual de capital simbólico y con posiciones sociales diferenciadas en los campos que forman el espacio social (Bourdieu, 1997).

algo intrínseco a la cultura y su internalización, piden cautela para no caer en la tentación de considerar que el poder es la única fuerza modeladora del pensamiento (Spiro, 1997; McIntosh, 1997).

En los debates sobre las RS, la teoría ha recibido críticas por limitarse a reconocer en el pensamiento de sentido común exclusivamente los procesos de categorización (la incorporación de lo extraño en categorías familiares), y olvidar que el sentido común es capaz también de particularizar significados sociales, esto es, de encontrar excepciones, hacer valer categorías alternativas, contradecir lo similar mostrando lo diferente. Para Michael Billig es preciso reconocer en el pensamiento social no sólo el proceso de categorización sino también el de la particularización: esto es, admitir que el sentido común no sólo asimila sino también postula y contradice (Billig, 1988). Este reconocimiento está detrás de nuevas propuestas para comprender las RS y asirlas metodológicamente como veremos enseguida.

Aunque en sus orígenes el asunto del poder no ha sido un tema constante de abordaje y discusión, en desarrollos recientes de la teoría de las RS diversos autores han retomado los asuntos de poder de formas distintas. Por ejemplo, Howarth (2006) argumenta que la teoría de las RS contempla herramientas conceptuales para criticar el orden social, aunque no es lo usual en las investigaciones en este campo. Por otra parte, el reconocimiento no sólo del conocimiento compartido, sino también de las tensiones y conflictos en la significación así como de las asimetrías sociales y de comunicación, es una vía para incorporar de modo fructífero el asunto del poder en la teoría de las RS y de los MC, sin asumir una determinación total ni negar la transmisión cultural legítima entre actores, grupos y generaciones.

En concordancia Ivana Marková ha destacado la importancia de estas asimetrías en la teoría de las RS bajo una epistemología dialógica:

Las relaciones dentro de un grupo son necesariamente asimétricas en términos de la autoridad o de la heterogeneidad de conocimientos entre sus miembros. La comunicación dentro del grupo, es también asimétrica porque las asimetrías son características necesarias de la comunicación y no habría nada que comunicar si las asimetrías en estatus no existieran" (2010, p. 4.6).

Desde la propuesta dialógica para comprender las RS se establece una comprensión dinámica de las mismas, así como se da cabida no solo al conocimiento consensuado, sino también a los conocimientos en tensión y lucha. La coexistencia de conocimientos no es pacífica, sino está sujeta múltiples batallas de voces y significados, como ha insistido Marková (2008; 2010).

Conclusiones

Como hemos visto en las secciones precedentes la teoría de las RS y la teoría de los MC tienen múltiples afinidades en cuanto a programas de investigación, se hacen preguntas similares, tienen puntos de convergencia en sus conceptos centrales, así como en sus pretensiones de articular lo cultural con lo cognitivo o viceversa. Entre sus similitudes, quisiera destacar que ambos se refieren a conocimientos cotidianos que se emplean en el transcurso de la vida práctica para guiar, justificar o evaluar la acción; pretenden ser teorías, enfoques, o aproximaciones tendientes a explicar la cognición social cotidiana y, por supuesto, ambas señalan el carácter proposicional y figurativo del conocimiento de sentido común.

Cuando estos enfoques definen y caracterizan sus conceptos centrales, RS o MC, podemos observar y enlistar propiedades comunes: son nominalizaciones, son componentes de la cultura, son compartidos, implican conocimientos organizados y más o menos asequibles a la conciencia, resultan de procesos de esquematización, tienen un carácter dinámico y flexible, orientan y justifican la acción. Estas propiedades se destacan con distintos niveles de importancia o desarrollo, sin embargo, es interesante mostrar que constituyen puntos importantes de convergencia. Sin embargo, también encontramos divergencias dignas de mención porque suponen visiones epistemológicas y metodológicas contrastantes que, en mi opinión, no impiden el diálogo entre ambos enfoques, sino que más bien nos muestran maneras distintas de focalizar los fenómenos analizados.

Los conceptos y aproximaciones que he comparado en este artículo nos ofrecen dos maneras de enmarcar las relaciones entre estructuras cognitivas (memoria, motivación, procesamiento de información, etc.) y la cultura. Pero al mismo tiempo nos muestran que no todo está dicho en este campo, a pesar de los grandes esfuerzos teóricos y empíricos que se han acumulado.

La presentación pormenorizada de puntos en común y diferencias entre ambas aproximaciones, en mi opinión, sirve para incitar a los investigadores empíricos a situarse y posicionarse con respecto a las discusiones implicadas en los niveles de investigación, formas de concebir y caracterizar estas estructuras de significación, y los desarrollos de metodologías posibles.

La comparación precedente logra mostrar que quienes investigamos el pensamiento de sentido común como una clase de conocimiento cultural o el conocimiento cultural como dependiente de procesos cognitivos tenemos retos similares y, por lo tanto, los insumos creados entre las perspectivas de las RS y de los MC pueden ser complementarios, fuentes de enriquecimiento mutuo, para lograr caracterizar y explicar mejor los fenómenos de representar socialmente algo o esquematizarlo culturalmente.

Espero haber mostrado, al menos como posibilidad, que el desarrollo de una teoría puede nutrirse y nutrir otras investigaciones o modelos teóricos y cómo la empresa científica es ante todo el resultado de esfuerzos colectivos que contribuirán a ganar más certezas, generar nuevas dudas o integrar nuevas interpretaciones.

Referencias

- Abric, J.C. (1993). Central system, peripheral system. Roles and dynamics of Social Representations, *Papers on social representations*, 2 (2), 75-78.
- Abric, J.C. (2001). A structural approach to social representations. En Deaux, K. & Philogène, G. (Eds.). *Representations of the social* (pp. 42-47). Oxford: Blackwell.
- Billig, M. (1988). *Ideological dilemmas*. Londres: Sage
- Billig, M. (1993). Studying the thinking society: social representations, rhetoric, and attitudes. En: *Empirical approaches to social representations* (pp. 39-60). Oxford: Clarendon Press.
- Bourdieu, P. (1997). *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Barcelona: Anagrama
- Bruner, J. (1996). Introduction. En: *Culture in mind. Cognition, Culture and the problem of meaning*. Nueva York: Oxford University Press.
- Clémence, A. (2001). Social positioning and social representations. En Deaux, K. & Philogène, G. (Eds.). *Representations of the social* (pp. 83-95). Oxford: Blackwell.
- D'Andrade, R. & Strauss, C. (comps.). (1997). *Human motives and cultural models*. Cambridge: Cambridge University Press.
- D'Andrade, R. (1990). Some propositions about relations between culture and cognition. En J. Stigler, R. Shweder & G. Gerdt (Eds.) *Cultural psychology: Essays on comparative human development* (pp. 65-129). Cambridge: Cambridge University Press.
- D'Andrade, R. (1992). Schemas and motivation. En D'Andrade R. & Strauss C. *Human motives and cultural models* (pp. 23-44). Cambridge: Cambridge University Press.
- D'Andrade, R. (1995). *The development of cognitive anthropology*. Cambridge: Cambridge University Press.
- D'Andrade, R. (2001). A Cognitivist's view of the units debate in cultural anthropology, en: *Cross Cultural Research*, 35 (2), 242-257.
- D'Andrade, R. (2005). Some methods for studying cultural cognitive structures. En: Quinn, N. *Finding culture in talk. A collection of methods* (pp. 83-104). Nueva York: Palgrave Macmillan,
- De Rosa, A.S. (2006). "The boomerang" effect of radicalism in discursive Psychology: A critical overview of the controversy with the Social Representations Theory. *Journal for the Theory of Social Behaviour*, 36 (2), 161-201.
- Doise, W., Clémence, A. & Lorenzi-Cioldi, F. (1992). *Representaciones sociales y análisis de datos*. México: Instituto Mora.
- Duveen, G. (1994). Unanalyzed residues: representations and behaviours. A comment on W. Wagner. *Papers on Social Representations*, 3, 207-212.
- Duveen, G. (2007). Culture and social representations. En: Valsiner, J. & Rosa, A. *The Cambridge Handbook of sociocultural psychology* (pp. 543-559). Cambridge: Cambridge University Press.

- Goodenough, W.H. (1981). *Culture, Language and Society*. Menlo Park, California: The Benjamin/Cummings Publishing Company.
- Holland, D. & Quinn, N. (1987). *Cultural models in language & thought*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Howarth, C. (2006). A social representation is not a quiet thing: exploring the critical potential of social representations theory. *British Journal of Social Psychology*, 45, 65-86.
- Ibañez, T. (1992). Some critical comments about the theory of Social Representations. Discussion of Raty & Snellman. *Papers on Social Representations*, 1(1), 21-26.
- Jahoda, G. (1988). Critical notes and reflections on 'social representations'. *European Journal of Social Psychology*, 18, 195-209.
- Jodelet, D. (1986). La Representación Social: Fenómeno, Concepto y Teoría. En Serge Moscovici (Ed.) *Psicología Social*, II (pp. 469-494). Buenos Aires: Paidós.
- Jodelet, D. (2002). Les Représentations Sociales Dans Le Champ de La Culture. *Social Science Information*, 41 (1), 111-133. doi:10.1177/0539018402041001008.
- Jodelet, D. (2008). Social Representations: The Beautiful Invention. *Journal for the Theory of Social Behaviour*, 38 (4), 411-430.
- Kronenfeld, D. B. (2000). *Cultural models: collective knowledge and individual representations*. Ponencia presentada en American Anthropological Association Annual meetings, San Francisco, CA, 19 de noviembre del 2000.
- Kronenfeld, D. & Kimberly, H. (2005). Culture, cultural models and the division of labor. En *Cybernetics and systems: an international journal*, 36, 817-845.
- Liu, L. (2004). Sensitising Concept, Themata and Shareness: A Dialogical Perspective of Social Representations. *Journal for the Theory of Social Behaviour*, 34 (3), 249-264.
- Marková, I. (2008). The Epistemological Significance of the Theory of Social Representations. *Journal for the Theory of Social Behavior*, 38 (4), 461-487.
- Marková, I. (2010). Gerard Duveen on the epistemology of social representations. *Papers on Social Representations*, 9, 4.1-4.9.
- Marková, I., Linell, P., Grossen, M. & Orvig, A.S. (2007). Dialogism: interaction, social knowledge and dialogue. En *Dialogue in focus groups. Exploring socially shared knowledge*. Londres: Equinox.
- Markus, H.R. & Plaut, V.C. (2001). Social representations: catching a good idea. En Deaux, K. & Philogène, G. (Eds.). *Representations of the social*. Oxford: Blackwell.
- McIntosh, J. (1997). Cognition and power. Ponencia presentada en *Society for Literature and Science Meetings*. Pittsburgh 31 de octubre al 2 de noviembre de 1997. Disponible en: <http://cogweb.ucla.edu/Culture/McIntosh.html>
- Moliner, P. (1996). *Images et représentations sociales*. Grenoble: Presses Universitaires de Grenoble.

- Moscovici, S. (1979). *El psicoanálisis su imagen y su público*. (Trabajo original publicado en 1961). Buenos Aires: Editorial Huemul.
- Moscovici, S. (1988). Notes towards a description of social representations. *European Journal of Social Psychology*, 18, 211-250.
- Moscovici, S. (2001). Ideas and their development: A dialogue between Serge Moscovici and Ivana Marková. En Duveen, G. (Ed.) *Social representations. Explorations in social psychology* (pp. 224-286). New York: New York University Press.
- Moscovici, S. (2001). Why a theory of social representations? En Deaux, K. & Philogène, G. (Eds.). *Representations of the social* (pp. 8-35). Oxford: Blackwell.
- Moscovici, S. (2003). Notas hacia una descripción de la representación social. *Psic. Soc. Revista Internacional de Psicología Social*, 1 (2), 67-118 [originalmente publicado en 1988, "Notes towards a description of social representations", en: *European Journal of Social Psychology*, vol. 18, pp. 211-250].
- Quinn, N. & Holland, D. (1987). Culture and cognition. En *Cultural models in language & thought*, Quinn, N. & Holland, D. (Comps.) (pp.3-40). Cambridge: Cambridge University Press.
- Quinn, N. (1987). Convergence evidence for a cultural model of american marriage. En *Cultural models in language & thought*, Quinn, N. & Holland, D. (Comps.) (pp. 173-192). Cambridge: Cambridge University Press.
- Quinn, N. (2005). How to reconstruct schemas people share, from what they say. En Quinn, N. (Ed.) *Finding culture in talk. A collection of methods* (pp. 25-82). Nueva York: Palgrave Macmillan.
- Rodríguez, T. (2001). *Las razones del matrimonio. Representaciones, relatos de vida y sociedad*. Guadalajara: Editorial CUCSH-Universidad de Guadalajara.
- Rodríguez, T. (2003). El debate de las representaciones sociales desde la perspectiva de la psicología social. *Relaciones*, 24 (93), 53-80. Disponible en: <http://www.colmich.edu.mx/relaciones/93/pdf/Tania%20Rodr%EDguez%20Salazar.pdf>
- Rodríguez, T. (2007). Sobre el estudio cualitativo de la estructura de las representaciones sociales. En Rodríguez, T. & García, M. (Coords.) *Representaciones sociales. Teoría e investigación* (pp. 157-188). Guadalajara: Editorial CUCSH- Universidad de Guadalajara.
- Rodríguez, T. (2011). Discusiones teórico-metodológicas sobre el carácter contextual de las representaciones sociales. *Sinéctica*, 36, Disponible en: http://www.sinectica.iteso.mx/?seccion=articulo&lang=es&id=510_discusiones_teorico-metodologicas_sobre_el_caracter_contextual_de_las_representaciones_sociales
- Sawyer, R. K. (2002). Unresolved Tensions in Sociocultural Theory: Analogies with Contemporary Sociological Debates. *Culture Psychology*, 8 (3), 283-305.
- Shore, B. (1996). *Culture in mind. Cognition, Culture and the problem of meaning*. Nueva York: Oxford University Press.

- Spiro, M. (1997). *Gender ideology and psychological reality. An essay on cultural reproduction*. New Haven: Yale University Press.
- Strauss, C. & Quinn, N. (1997). *A Cognitive Theory of Cultural Meaning*. Cambridge, UK: Cambridge University Press.
- Strauss, C. (1992). Models and motives En D'Andrade, R. & Strauss, C. (Comps.) *Human motives and cultural models* (pp. 1-21). Gran Bretaña: Cambridge University Press,
- Strauss, C. (2005). Analyzing discourse for cultural complexity, En Quinn, N. (Ed.) *Finding culture in talk. A collection of methods* (pp. 203-242). Nueva York: Palgrave Macmillan.
- Valencia, J. & Elejabarrieta, F. (1994). Rationality and social representations: some notes on the relationship between rational choice theory and social representations theory. *Papers on Social Representations*, 3, (2), 1-173.
- Verheggen, T. & Cor, B. (2007). We Don't Share! The Social Representation Approach, Enactivism and the Ground for an Intrinsically Social Psychology. *Culture & Psychology*, 13 (1), 5-27. doi:10.1177/1354067X07069949.
- Voelklein, C. & Howarth, C. (2005). A review of controversies about social representations theory: a British debate. *Culture and psychology*, 11 (4), 431-454. ISSN 1461-7056 DOI: 10.1177/1354067X05058586
- Wagner, W. (1996). Queries about social representations and construction. *Journal for the Theory of Social Behaviour*, 26, 95-120.
- Wagner, W. & Hayes, N. (2005). *Everyday discourse and common sense. The theory of social representations*. Basingstoke: Palgrave-Macmillan.
- Wagner, W. & Elejabarrieta, F. (1994). Representaciones sociales. En Morales, JF. (Ed.) *Psicología social* (pp. 815-842). Madrid: UNED-McGraw-hill.
- Wagner, W. & Kronberger, N. (2001). Killer tomatoes! Collective symbolic coping with biotechnology. En Deaux, K. & Philogène, G. (Eds.). *Representations of the social* (pp. 147-164). Oxford: Blackwell.
- Wagner, W. (1993). Can representations explain social behaviour? A discussion of Social Representations as rational systems. *Papers on Social Representations*, 2 (3), 129-252.
- Wagner, W. (1994). Speaking is acting is representation. *Papers on Social Representations*, 3 (2), 1-128.
- Wagner, W. (1995). Description, explanation and method in social representations research. *Papers on Social Representations*, 4 (2), 1-176.
- Wagner, W. (2004). People in Action and Social Representation: A Comment on Jaan Valsiner's "Theory of Enablement". *Papers on Social Representations*, 12 (8), 1-8. [<http://www.psr.jku.at/>]

Recibido: Mayo 19 2013 Revisado: Mayo 26 2013 Aceptado: Mayo 29 2013